

Antonio Orlando Rodríguez entrevistado

Esta entrevista-ensamblaje se ha estructurado a partir de respuestas brindadas por Antonio Orlando Rodríguez a preguntas que le formularon diferentes periodistas. Originalmente esas entrevistas fueron publicadas en periódicos, revistas y portales de internet de Argentina, Colombia, España, Estados Unidos, Guatemala, México, Paraguay, Perú y Puerto Rico; al final del texto, se indican las fuentes correspondientes.

El País, Madrid: ¿Cuándo empezó a escribir?

AOR: Muy pronto, en 1975. Vivía en Cuba y me dediqué a la literatura infantil, de una manera exclusiva, hasta 1985. Los libros para niños te permiten una inmensa libertad creativa, servirte de parábolas y metáforas, salir del mundo inmediato y construir universos imaginarios.

Caras, Puerto Rico: ¿Recuerda el primer libro que leyó?

AOR: Naturalmente: el cuaderno de lectura de primer grado. Una de las lecciones, la dedicada a la letra M, comenzaba así: “Mi monita maromera salta de la mata al muro. Mi monita maromera come plátano maduro”. Esa fue, por así decirlo, mi puerta de entrada a la “gran literatura”.

Caras: ¿Y el primero que lo marcó? ¿Por qué?

AOR: Los *Cuentos* de Hans Christian Andersen, traducidos por el poeta Eliseo Diego. La imaginación, la melancolía y el lirismo de Andersen me cautivaron entonces, y lo siguen haciendo aún, cada vez que releo una de sus historias.

Cubaencuentro, Madrid: ¿Le leían sus padres?

AOR: No vengo de un hogar de lectores. Mis padres no leían, no eran intelectuales. Yo me fui haciendo del hábito de la lectura por el camino; a medida que fui creciendo me fui haciendo un adicto a los libros.

Sambors, Ciudad de México: ¿Cuándo comenzó a escribir?

AOR: Escribí mi primer cuento cuando tenía ocho años de edad. Fue todo un *best seller* entre mis condiscípulos del aula de tercer grado. Trataba sobre un oso que se marchaba del zoológico para convertirse en policía de tránsito. Al parecer, la manía de entremezclar realidad y fantasía me acompaña desde entonces.

El Nacional, Caracas: ¿Cómo fue la transición del periodismo a los cuentos infantiles?

AOR: Realmente primero fui escritor y después periodista. Nunca he sido periodista a tiempo completo. Soy alguien que estudió la carrera, que ha hecho periodismo para ganarse la vida.

Punto de lectura, Madrid: De forma paralela a su trabajo como escritor para adultos, usted ha publicado numerosos libros para niños. ¿Qué le ha enseñado la literatura infantil?

AOR: A tratar de seducir al lector desde las primeras líneas y a usar con el mayor desenfado posible la imaginación.

El Universal, Caracas: ¿Cómo transita entre ambos géneros?

AOR: Me muevo cómodamente de uno a otro. No me cuesta trabajo pasar de la literatura para niños a la de adultos, me siento muy a gusto trabajando para esos dos públicos y trato de usar lo mejor de una vertiente a favor de la otra.

Primera hora, Nueva York: ¿Qué le atrae de la literatura infantil?

AOR: Me divierte. Es una manera optimista de ver el mundo. Me conecto con mi lado positivo.

El Nacional: ¿Su decisión de hacer cuentos infantiles tuvo que ver con la situación política de Cuba?

AOR: Digamos que empecé a escribir en un momento en el que las políticas culturales cubanas estimulaban y daban mayor calor a los libros de carácter realista, que tuvieran que ver con la épica de la revolución. A mí realmente me interesaba escribir historias de fantasía, de humor, de absurdo. En vista de que el entorno no era muy propicio para ese tipo de literatura, busqué refugio en la literatura infantil. Cuando soplaron nuevos aires, transité a la literatura para adultos, pero sin abandonar los libros para niños. Me siento muy a gusto en las dos vertientes.

Punto de lectura, Madrid: ¿Qué le ha enseñado la literatura infantil?

AOR: A tratar de seducir al lector desde las primeras líneas y a usar con el mayor desenfado posible la imaginación.

Vistazo, Quito: ¿Qué lectores prefiere: los “grandes”, que llegan a una página con prejuicios, o los “chicos”, que la usan para echarse a volar?

AOR: Ambos públicos me atraen. A veces, hay niños que no han sido educados en el cultivo de la fantasía y que, por ende, son incapaces de dejar volar su imaginación. Y a veces hay adultos que, por suerte, han conservado vivo ese don.

Página 12, Buenos Aires: ¿Por qué la infancia suele ser una etapa tan idealizada?

AOR: La memoria es selectiva y a veces preferimos quedarnos con los recuerdos más amables, los que mejor hablan de nosotros y del mundo que nos rodeó. Creo que la infancia está atravesada por muchos episodios de extrema crueldad. En la escuela somos testigos, participantes o víctimas de ellos, quizá porque todavía nos movemos con mucha libertad, sin respetar los cánones de lo correcto. Y en ese sentido somos pequeños salvajes. Quizá porque hasta nos dé vergüenza haber sido tan crueles o haber sufrido tanto, y preferimos trascender ese sufrimiento con una visión más idílica, más selectiva de la infancia.

El País: ¿Cuándo empezó con la literatura para adultos?

AOR: Hubo un período de una mayor apertura en Cuba alrededor de 1985. Fue entonces cuando escribí mis primeros libros de cuentos, [Strip-tease](#) y [Querido Drácula](#). Son cuentos con mucho de absurdo, fantásticos, de ciencia-ficción.

El Sentinel, Fort Lauderdale: [Strip-tease](#), [Querido Drácula](#), [El Sueño](#), [Mi bicicleta es un hada y otros secretos por el estilo](#), [Aprendices de brujo](#). ¿Por cuál de sus libros guarda más gratitud?

AOR: Cada libro cumplió una función distinta en el momento en que fue escrito. *Strip-tease* fue una suerte de exorcismo personal; *Querido Drácula*, un divertimento y una celebración de la amistad y el amor... Sin embargo, el que más satisfacciones me ha reportado es *Aprendices de brujo*. Nunca antes había dedicado tanto tiempo y empeño a un proyecto literario y el resultado, cosa rara, me dejó complacido.

El Tribuno, Salta: Usted dijo alguna vez que una historia realista es como una ensalada sin aderezo.

AOR: Ese comentario fue erróneamente generalizado, pues yo me estaba refiriendo a mis propias historias. Las veces que he empezado a escribir una novela y he pretendido ser absolutamente realista, casi sin proponérmelo, los elementos imaginarios, sobrenaturales, la fantasía y el absurdo se introducían en la historia. Para mí, la fantasía es un ingrediente esencial; sin embargo, eso no significa que no disfrute novelas realistas de otros autores. Soy capaz de aceptar el realismo si proviene de otro, pero cuando se trata de crearlo yo, me declaro incapaz. Lo sobrenatural siempre se las arregla para colarse en mis textos y tener un papel protagónico

El Sentinel: ¿Sigue escribiendo literatura infantil?

AOR: Aunque ahora dedico más tiempo a la narrativa para adultos, eso no significa que haya abandonado del todo la literatura infantil. No creo que escribir para niños sea más difícil; se trata, simplemente, de tener cierta disposición de ánimo, de ver el mundo, durante un rato, de una manera más desenfadada y optimista. A veces me apetece cambiar de registro y, por decirlo de alguna manera, pasar una temporada en el País de Nunca Jamás.

Evaristo Cultural, Buenos Aires: Cuando te sentás a escribir, ¿tenés un método? Ese método, ¿es diferente cuando escribís literatura infantil de cuando escribís literatura para adultos?

AOR: El método es el mismo: consiste en carecer completamente de método. Yo soy un escritor muy intuitivo, a veces vislumbro una idea muy general de la historia que quiero contar. Me interesa más captar la esencia de los personajes; sé dónde va a empezar la historia, hacia dónde va, pero con mucha frecuencia voy descubriendo sobre la marcha el itinerario. Admiro mucho a los escritores que hacen sus croquis y que tienen delineados los capítulos, las secuencias dramáticas que va a tener la historia; yo lo voy descubriendo a medida que los personajes se empiezan a mover, y los voy siguiendo. En ese sentido eso hace que a veces dé muchos tumbos para lograr una estructura equilibrada, pero también me permite ir sorprendiéndome, renovando la capacidad de asombro a medida que personajes inesperados se suman a la historia, que la historia toma por caminos paralelos y se incorporan pequeños relatos paralelos... Entonces eso hace más complicado el trabajo; pero, por así decirlo, más lleno de sorpresas, y en alguna medida más atractivo, más retador.

El Sentinel: Su pasión por la literatura infantil ha ido más allá del acto de creación, también se ha dedicado a su investigación. ¿Continúa haciendo trabajos de ese tipo?

AOR: La historia de los libros para niños en América Latina es un campo en el que aún queda mucho por descubrir y revelar. Durante los años 1980 y 1990 ese tema me apasionó y lo estudié mucho. En la actualidad los libros para niños me siguen interesando, pero más como creador que como investigador.

Evaristo Cultural: Sos narrador, periodista, y también sos ensayista, casi académico, ¿cómo surge tu vocación?, ¿a qué te dedicaste primero?

AOR: Soy esencialmente un contador de historias. Me encanta la investigación literaria y compartir mis hallazgos, divulgarlos, pero si bien estudié en la universidad teoría y crítica literaria, y tengo una formación de periodista, no me considero un académico ni un ensayista ni un dramaturgo ni un poeta, porque son términos que respeto mucho. Soy un contador de historias, y descubrí esa vocación muy tempranamente, me di cuenta de que me gustaba imaginar ficciones y después de ensayar distintos medios para expresar esas ficciones, como los

títeres, los juegos, la pintura, me di cuenta de que el medio en el que me sentía más cómodo y con el que tenía más posibilidades era la palabra escrita.

Gatopardo, Buenos Aires: ¿Cuál fue el último libro que no fue capaz de terminar?

AOR: Era tan malo que, créame, me olvidé hasta del título.

Gatopardo: ¿Qué libro quemaría?

AOR: Ninguno. Lo reciclaría para poder emplear ese papel y publicar otro que valga la pena.

Gatopardo: ¿Qué libro llevaría en un avión?

AOR: Uno que prometa atraparme y hacerme olvidar la distancia que me separa de la Tierra.

Gatopardo: ¿Qué libro se robó?

AOR: No me queda clara la pregunta: ¿se refiere usted al primero o al último?

Gatopardo: ¿Qué libro no prestaría?

AOR: Los dos tomos de *Los Thibault*, de Roger Martin Du Gard, sobre todo por el significado afectivo que tiene esa vieja edición de Aguilar para mí. Pero, en general, en casa no prestamos libros. Es la mejor manera de evitar perderlos.

Caras: ¿De qué libro no podría deshacerse?

AOR: De mi viejo y deteriorado *Diccionario español de sinónimos y antónimos*, de Saínz de Robles. No solo es una preciada herramienta de trabajo, es una suerte de amuleto, pues me acompaña desde que escribí mi primer libro hace más de 30 años.

Gatopardo: ¿Cuál es su autor favorito?

AOR: No me ponga en ese aprieto. Son muchos. Dostoievski, Kafka, Jane Austen, Virgilio Piñera, Kavafis, Marguerite Yourcenar, Eliseo Diego, Yasunari Kawabata, Manuel Mujica Lainez...

Evaristo Cultural: ¿Y cuáles son sus otros referentes?

AOR: Creo que casi todos mis referentes principales están en la literatura cubana. Me siento un autor muy ligado a esa raíz. La literatura cubana tiene una larga tradición narrativa de carácter fantástico, con elementos imaginativos, y yo me siento muy vinculado a esos antecedentes. Cuando empecé a escribir, cuando era un joven escritor, para mí fue paradigmático el universo

creativo de Virgilio Piñera, yo quería insertarme en esa órbita, en esa impronta de él dentro de la literatura cubana, marcada por el uso de la fantasía, del absurdo, de un humor a veces muy corrosivo, muy irónico, pero siempre vinculado a la realidad. Y creo que en mis primeros libros sobre todo se siente mucho el ascendente de la voluntad de respirar dentro de ese planeta Piñera, que es un mundo, una isla dentro de la literatura cubana. Pero del mismo modo me siento muy ligado a la obra de autores como Eliseo Diego o Dulce María Loynaz. Esto puede resultar curioso para alguien que lea mis libros y diga “pero bueno, tu universo narrativo no tiene nada que ver con el de la Loynaz o el de Eliseo Diego”; es así, efectivamente; sin embargo, son autores en los que yo siempre he admirado la vocación de orfebres de la palabra, la búsqueda de la perfección estilística; y en esa medida son mis referentes, porque yo también aspiro a eso inalcanzable que es la perfección en la prosa. Y en alguna medida ellos son mis modelos, mis paradigmas en esa aspiración.

Evaristo Cultural: Sin embargo, tenés una prosa límpida que no cae en el barroquismo de otros autores cubanos.

AOR: Bueno, quizás de manera consciente todos intentamos escapar de referentes muy notorios, con mucho poder de marcar; y yo he tratado de evadir conscientemente ese barroquismo recargado, me gusta que mi prosa sea fluida y que el lector la transite sin muchos obstáculos.

BBC Mundo, Barcelona: ¿Cuándo sabe que se acabó una historia?

AOR: Esa es una buena pregunta. A veces uno se pone a buscar el final. No es que hay que construir el final ni que haya que buscarlo, sino que hay que detectarlo. Sencillamente ese es el final de la historia y a veces es difícil darse cuenta.

La Compañía de los Libros, Ciudad de México: Ha dicho no sentirse atraído por ningún certamen literario, ¿por qué concursó para el Alfaguara de Novela?

AOR: No dije eso exactamente. En realidad, en mis inicios como escritor me encantaba concursar. Participé en numerosos certámenes literarios y tuve la suerte de ganar en cinco oportunidades, con mis libros para niños, el premio nacional Ismaelillo, de la Unión de Escritores de Cuba. Lo que ocurre es que, con la madurez, ese “deporte” empezó a aburrirme y dejé de presentar mis obras a concursos. Pero al concluir *Chiquita*, mi agente literario insistió en que la enviara al premio Alfaguara. Al principio estuve reticente, porque sabía que en este premio participan centenares de obras, muchas de ellas de gran calidad. Pero finalmente accedí a seguir su recomendación, ¡por suerte!

Delibros, Madrid: ¿Qué significa para su carrera de escritor el Premio Alfaguara de Novela 2008?

AOR: Recibir un premio tan prestigioso representa, por supuesto, una gran honor. Es, también, una suerte de ratificación de que los caminos creativos que transito valen la pena. Ahora bien, visto ya desde una perspectiva más pragmática, un reconocimiento como este garantiza que la novela estará al alcance de miles de lectores de habla hispana de España, Estados Unidos y América Latina. Teniendo en cuenta cómo funcionan los mecanismos de edición y de distribución de las editoriales en nuestro ámbito lingüístico, que una obra tuya tenga asegurada semejante difusión es un verdadero privilegio.

Ultima hora, Asunción: ¿Con qué intención escribiste la novela *Chiquita*?

AOR: Con la misma intención que escribo todas mis historias, lo básico es cautivar al lector. Yo pienso que la primera función del arte es entretener porque si no se logra esa premisa, es muy difícil conseguir otros objetivos como influir a través del libro de alguna manera en las conductas, en el pensamiento o en las acciones de los lectores. Me parece que la capacidad de seducir al lector, de cautivarlo, de arrastrarlo a la historia y que crea en el personaje es lo básico que uno ambiciona y puede pretender.

Crisol, Madrid: ¿Cómo surgió su fascinación por *Chiquita*?

AOR: Estaba a punto de empezar a escribir otro libro, para el que había investigado durante mucho tiempo, cuando una amiga me envió por e-mail una foto de Espiridiona “Chiquita” Cenda. Quedé tan deslumbrado con esta liliputiense cubana, de cuya existencia no tenía noticia, que no podía creer que nadie la hubiera “descubierto” y usado como personaje literario. Así que el otro proyecto quedó engavetado. Quizás algún día lo retome.

La Compañía de los Libros: ¿Amor a primera vista?

AOR: Fue un auténtico flechazo, sobre todo cuando, al empezar a indagar sobre su vida, descubrí que su singularidad no sólo era física. Se trataba de una mujer inusual en su tiempo: independiente, con control de su carrera y que vivía sus pasiones amorosas con mucha intensidad, sin importarle demasiado el qué dirán.

La Compañía de los Libros: Y suspendió la novela en la que ya trabajaba y empezó el idilio. ¿Por cuánto tiempo se prolongó el romance?

AOR: Cinco años. Un tiempo muy largo, en el que la amé, la odié, sentí compasión por ella, y finalmente la comprendí.

Delibros: ¿Por qué eligió el personaje de Espiridiona Cenda?

AOR: Desde que vi por primera vez una imagen de Chiquita, me pareció una mujer fascinante. A ese deslumbramiento inicial se sumó la sorpresa de saber que esa artista liliputiense –

completamente desconocida en la isla de donde salió en 1896— había tenido una carrera sumamente exitosa en Estados Unidos. Su popularidad fue tal, que el presidente McKinley la recibió en la Casa Blanca y la gran Exposición Panamericana de 1901 la escogió como una de sus principales atracciones. A eso hay que añadir que, por sus características, es un personaje que admite distintas lecturas metafóricas. A medida que fui reuniendo informaciones y fotos suyas, me di cuenta de que Espiridiona Cenda tenía un gran potencial como protagonista de una novela. Era un personaje esperando por un autor y decidí que ese autor iba a ser yo. Por supuesto, si algún día algún historiador escribe una biografía de Chiquita ajustándose rigurosamente a la verdad histórica, de seguro el resultado será un libro muy distinto al mío.

Página 12: ¿Cómo explica que una mujer que fue tan importante cayera en el olvido?

AOR: Es muy curioso ese olvido, porque fue una celebridad en su época. No sé si se relaciona con lo efímera que es la fama o con que los gustos van cambiando, y ahora dejó de ser de buen gusto acudir a los espectáculos a ver a los liliputienses, a la mujer barbuda, al hombre esqueleto... A veces quiero pensar que ese personaje vino a mí reclamando que le diera una segunda oportunidad, una nueva posibilidad de llamar la atención, de tener sobre sí los reflectores, como cuando estaba en los escenarios.

La Compañía de los Libros: ¿Por qué no escribió una biografía tradicional? ¿Por qué optó por la novela?

AOR: No soy un historiador, me gusta demasiado fantasear. Podría haber hecho el intento, pero temo que me habría aburrido mucho.

Ñ, Buenos Aires: Su novela va a contracorriente de lo que se estila hoy, es una novela de personajes, de aventuras. ¿Cree que este tipo de historias ha mermado?

AOR: Me inclino a pensar que está tomando fuerza, los lectores quieren ir a la búsqueda de novelas que los arrastren a través de las páginas y les permitan identificarse con los personajes, que les propongan acercamientos emotivos y no distanciamiento analítico, aunque obviamente la emoción y el análisis no son excluyentes. Siento que hay una vuelta a este tipo de historias finiseculares, que de algún modo nos devuelven el gusto con el que leíamos Los miserables, las novelas de Dickens, de Jane Austen, donde todo transcurría a través de los personajes y no había la voluntad de experimentar con el lenguaje. En mi caso, no quiero que el lenguaje sea protagonista, quiero que sea lo más perfecto posible, pero subordinado a la trama, a la acción y a los personajes.

Crítica, Nueva York: ¿Por qué decidió hacer literatura de aventuras?

AOR: Porque no me resigno como lector adulto a ser privado de la experiencia fascinante e insustituible que fue, en mi niñez, la posibilidad de entrar en los mundos imaginarios de las

novelas de Emilio Salgari, Julio Verne y Alejandro Dumas. Me pregunto por qué uno tiene que renunciar a ese candor, a esa entrega total. Por otro lado, me interesaba explorar, en una novela para adultos, elementos que son propios de la literatura infantil y juvenil: la peripecia, la fantasía, la imaginación. Quise hacer una novela de aventuras. Una versión moderna de Gulliver en el país de los gigantes.

El Tiempo, Bogotá: ¿Fue difícil entrar en el mundo de los liliputienses?

AOR: Para mí fue una sorpresa cuando empecé a investigar la época y descubrí la fascinación que existía en Estados Unidos y en Europa por los artistas liliputienses. El público llenaba auditorios para verlos, y los había de muy diferentes categorías: desde los que actuaban en ferias y circos ambulantes hasta los que se presentaban en el Metropolitan Opera House. En realidad, ese deslumbramiento era parte de la gran curiosidad que despertaban los llamados “errores de la naturaleza”: gigantes, mujeres barbudas, hombres-esqueleto, hermanos siameses, etc. Chiquita fue, por así decirlo, una megaestrella del gremio de los freaks.

Delibros: Imagino que ha tenido que documentarse mucho y que ese viaje a Nueva York de finales del XIX le habrá deparado muchas sorpresas, ¿puede comentarnos alguna?

AOR: En efecto, al igual que sucedió con *Aprendices de brujo*, mi primera novela, esta demandó una larga investigación. Larga y placentera, valdría la pena añadir, porque pasar horas y horas en las bibliotecas, revisando libros y revistas de otras épocas es una de mis grandes pasiones. Sólo una cosa supera a la felicidad de dar con el dato que buscabas: hallar otro, del que no tenías la menor idea, durante esa búsqueda. Nada como un periódico para tomarle el pulso a un momento del pasado. En sus páginas está todo: desde lo más trascendente hasta lo más trivial. En el caso de *Chiquita*, la investigación se centró no sólo en la trayectoria del personaje real en que se inspira la historia, sino también en la vida de dos ciudades (Matanzas y Nueva York), las guerras de los cubanos por su independencia, la increíble fascinación que ejercía sobre la gente el mundo de los *freaks* y las llamadas “curiosidades humanas”, los inicios de Estados Unidos como superpotencia mundial y las veleidades de la Belle Époque. Una de las grandes sorpresas que me deparó esta investigación fue descubrir en Nueva York la existencia del Freakatorium, también conocido como “el Museo Loco”: un pequeño gabinete de curiosidades. Allí su propietario ha reunido numerosas fotos y objetos provenientes del mundo de las ferias ambulantes del siglo XIX y principios del siglo XX.

Correo, Lima: ¿Puede decirse que la novela reivindica la condición de ser diferente?

AOR: Creo que es una de las lecturas que admite la novela. En los distintos países por los que he pasado me he encontrado con personas que me revelan nuevas interpretaciones. Pero lo curioso es que no son antagónicas. Ahora, yo pienso que puede funcionar como un recordatorio de que todos somos diferentes, de que eso es lo normal. El día que dejemos de ser diferentes

debemos empezar a preocuparnos, porque precisamente lo que nos hace únicos es esa diferencia.

Listín Diario, Santo Domingo: Usted no teme a las escenas de sexo homosexual explícito. ¿Qué importancia le confiere al empleo de este tipo de recreación erótica?

AOR: ¿Realmente ese par de escenas le parecieron explícitas? ¡Lo que son las cosas! Yo creía que eran bastante timoratas. Contestando a su pregunta: no le concedo mayor importancia a los pasajes eróticos de la novela que a los de misterio, a los de humor, a los sobrenaturales o a los sentimentales. Cuando incluyo escenas eróticas, lo hago siempre en función de la trama y respetando las inclinaciones y los apetitos de los personajes. En ese sentido, soy muy respetuoso: nunca los fuerzo a hacer algo que vaya contra su naturaleza y sus inclinaciones sexuales.

Delibros: ¿Por qué el humor?

AOR: El humor forma parte de mi naturaleza, de mi modo de ver las cosas. Creo que el humor (pero sobre todo la ironía, la capacidad de burlarnos de los demás y, particularmente, de nosotros mismos) es la mejor tabla de salvación que tenemos. En mis narraciones, la presencia del humor, con diferentes matices y gradaciones, es una constante. Ahora bien, a menudo no responde a un propósito deliberado. A veces el humor aparece de improviso y transforma el efecto que pretendía lograr con determinado pasaje. Por ejemplo, me propongo escribir una escena erótica perturbadora, todo apunta a que estoy a punto de lograrlo, y de pronto, ¡zas!, se introducen la ironía o la hipérbole, salidos de no se sabe dónde, e imponen un distanciamiento que cambia el efecto deseado. No es que lo estropee, sino que lo convierte en otra cosa.

Tal Cual, Caracas: Las novelas de más de 500 páginas ya no son tan populares...

AOR: Pensé que si me había demorado cinco años haciendo el libro no era para que se leyera en cinco horas. Es un libro para leer con calma, de a poquitos, saboreándolo. Al menos esa fue mi intención. No hago literatura exprés. Me tomo mi tiempo para escribir con la esperanza de que el lector se tome su tiempo para leer.

Ámbito financiero, Buenos Aires: ¿Qué momentos de *Chiquita* le divirtió escribir?

AOR: Por ejemplo, los episodios en el París de la Belle Époque, con un mundo de mujeres galantes, prostitutas de lujo, tratando de convencer a Chiquita para que le preste menos importancia al teatro y se consiga amantes emperadores, reyes, primeros ministros. Le dicen: esos pervertidos se volverían locos por ti. Me divertí mucho burlándome de toda esa proliferación de historias sobre sectas y hermandades secretas que hay en la novelística actual, e imaginando una secta de enanos que aspira a lograr el dominio del mundo. Me emocioné cuando escribí, en estado de gracia, la historia de Capitán, el perro invisible, donde recreé una

leyenda de Matanzas, que fue como si me hubiera sido dictada, donde al final no tenía nada que cambiar. Y me fue conmovedor describir el final, cuando Cándido Olazábal y Rústica, en un botecito en la bahía de Matanzas, se están despidiendo del último recuerdo que queda de Chiquita, que es su talismán mágico. Supongo que era porque yo también me estaba despidiendo de Chiquita y de su mundo.

Correo: Algunos dicen que la novela es una metáfora política de lo que pasa en Cuba...

AOR: Es una posible interpretación, pero no estaba en mi ánimo de manera consciente cuando la escribía. En mi caso, casi siempre escribo muy concentrado en los personajes, las peripecias, la acción, y me olvido un poco de los significados que pueden construirse a partir de esa historia. Entonces, quizás de manera involuntaria pueda ser que Chiquita resulte una metáfora sobre el destino de Cuba y su voluntad de ser diferente a lo largo de la historia.

Ñ: ¿Hay en Chiquita una metáfora política?

AOR: Más que establecer o proponer una analogía explícita con Cuba, me interesaba sugerir la relación de las naciones todopoderosas y los pueblos pequeños, y básicamente las islas, que compartieron un destino muy parecido, ya que fueron asimiladas o sojuzgadas: Hawai, Filipinas, Cuba, Puerto Rico...

La Nación, Buenos Aires: ¿Es Chiquita una metáfora de los prejuicios que sufren las minorías en la sociedad actual?

AOR: Es la lectura que más me apetece. El libro podría leerse como una invitación a que la gente reconociera y celebrara el freak que todos llevamos dentro. Este es un libro sobre minorías. Chiquita es diferente porque es liliputiense. Su doncella, porque es negra. Su primo, porque es homosexual. Todos comparten la condición de ser distintos. Me gustaría que cada uno reconociera lo distinto que lleva dentro. A veces es inevitable o notorio, pero en otros casos lo es menos.

La Nación: Chiquita supo sacarle provecho a su freak. No todos lo logran.

AOR: Es verdad y muchos caen en la propuesta ilusoria de mimetizarse. Ella da una lección al asumirse y al sacarle partido, pese a que era una cosa dolorosa.

El Tiempo: En Chiquita se tocan muchos temas esotéricos, ¿es un conocedor del tema?

AOR: Aunque pueda resultar decepcionante, disto mucho de ser un iniciado; ni siquiera me considero un gran conocedor. Simplemente, trato de buscar autenticidad y color a través de buenas fuentes. Por ejemplo, antes de escribir el episodio de la médium Leonora Piper tuve la suerte de ver una maravilla exposición de fotografías de sesiones espiritistas del siglo XIX que se

exhibió en el Metropolitan Museum of Art, en Nueva York. Para describir los rituales de la bruja negra Felicita Siete Rayos, releí los estudios etnográficos de Lydia Cabrera. A eso, añádale un poco de imaginación.

El País, Madrid: La guerra de la independencia cubana es el telón de fondo de una parte de la novela. ¿Qué destaca de ese proceso?

AOR: Que fue una guerra muy cruel. Fueron crueles las tropas españolas, pero también fueron muy destructivos los rebeldes. Cuba se había convertido en la perla de la Corona, la metrópoli no quería perderla. Fue una independencia tardía respecto a las demás. Y atípica. Estados Unidos vigiló el proceso entre 1898 y 1902. Para muchos, incluso algunos líderes independentistas, fue algo positivo, por chocante que resulte.

Siglo XXI, Ciudad de Guatemala: El espíritu del esclavo Kukamba le dice a Chiquita: “Si no hubiera gente de quien cuidarse el mundo sería muy aburrido”. ¿Le ha tocado a usted cuidarse de algo o de alguien?

AOR: ¡Pero por supuesto! En Cuba, de los integrantes de un montón de “organizaciones políticas y de masas” de carácter represivo. Durante los años que viví en Costa Rica y Colombia me convencí de que las brujas (y los brujos) existen y de que son capaces de cualquier cosa si provocas su ira.

Siglo XXI: “Todos vivimos en un zoológico, aunque muchos no se den cuenta de ello. Este zoológico de seres humanos está lleno de jaulas de distintos tamaños, unas mejores que otras, y cada quien ocupa la que le corresponde”, le dice el empresario circense Bostock a Chiquita. ¿Cuál es la jaula que ocupa usted?

AOR: La teoría de las jaulas, que aparece en *Chiquita* en boca del empresario Bostock, no es nueva en mi trabajo literario. Ya antes la esboqué en mi obra de teatro *El León y la Domadora*. No soy ningún iluso. Sé que la libertad absoluta es una quimera. Como todo el mundo, vivo dentro de múltiples jaulas de diferente índole. Pero, afortunadamente, estoy fuera de la peor de las jaulas que me tocó padecer y a la que un destino trágico parecía haberme condenado: la del represivo régimen que existe en Cuba desde hará pronto 50 años.

Evaristo Cultural: Exploraste de una manera muy extraña, que todavía no termino de descifrar como lector, la sexualidad o el erotismo del personaje, que linda con lo morboso, pero lo narrás desde un lugar muy cándido, hay una confrontación muy interesante ahí...

AOR: Pienso que a veces el morbo lo aporta el lector, pues yo efectivamente lo trabajo con mucha candidez. Lo que sucede es que estamos hablando de personajes que tienen la estatura de un niño de un año, pero tienen las apetencias, los sentimientos, las pasiones de un adulto...

Página 12: ¿Chiquita era tan brava con los hombres como aparece en la novela?

AOR: Obviamente hay espacios que llené con ficción. La boda secreta con un jovencito al que le doblaba la edad revela mucho de un carácter apasionado y ajeno al que dirán de la época, y ese episodio está documentado. Muchos elementos de su carácter y de su personalidad me tocó irlos deduciendo. Utilicé una técnica muy poco ortodoxa —que no recomiendo a ningún historiador, pero yo soy un novelista—, que fue hacerle la carta astral a Chiquita. Les pedí a dos astrólogas muy respetadas, por separado y sin que supieran que se trataba de este personaje, que le hicieran la carta astral. Ambas me dijeron que había muchos amores en su vida. A las dos les pregunté si eran amores platónicos, y ellas me dijeron que no veían nada de platónico, que todo se consumaba.

Página 12: ¿Por qué se le ocurrió pedirles que le hicieran la carta astral?

AOR: Llega un momento en que las fuentes de información se agotan y, como quería saber más sobre la personalidad y el temperamento de Chiquita, algo que no dicen los periódicos, se me ocurrió lo de la carta astral. Si se trata de una ficción, ¿por qué no jugar con esa posibilidad de conocer más del personaje a través de la astrología? Fue divertido conocer cómo explicaban los astros las razones de ese temperamento de Chiquita, su carácter apasionado, sus contradicciones internas, los giros de su vida.

El Nuevo Día, San Juan: ¿Qué pasaría si Espiridiona Cenda enfrentara hoy con sus 26 pulgadas de estatura a Antonio Orlando Rodríguez, el autor de su biografía imaginaria?

AOR: Creo que se sorprendería ante la cantidad de adornos y mentiras que le he añadido a su vida. Pero como me parece que era una persona inteligente y con sentido del humor, puede que lo disfrutara. Creo que me diría que su vida en el libro le parece más atractiva que la que vivió.

Sambors: ¿Cómo imaginas un filme basado en Chiquita?

AOR: Como un gran vodevil, con toques de humor a lo Lubitsch y una exquisitez viscontiana. O algo así como *Lola Montes*, de Max Ophuls. Al fin y al cabo, soñar no cuesta nada.

El Universal: ¿Por qué le interesan los personajes excéntricos y curiosos?

AOR: Porque pueden ser susceptibles de funcionar como metáforas de algo. Además, ven y viven la vida de una manera original, y me gustan las historias que se salen de lo común.

La Compañía de los Libros: ¿Cómo ha influido en usted Virgilio Piñera, de cuya literatura ha confesado ser un hijo espiritual? ¿En qué y cómo se traduce dentro de su obra —no sólo en *Chiquita*— esa ascendencia?

AOR: Los cuentos, las novelas y el teatro de Virgilio Piñera tuvieron una influencia decisiva en mis años de formación. La literatura de este autor cubano se convirtió en un punto de referencia y en un paradigma para mí. Su ironía, la forma en que imbricó realismo y fantasía, la transparencia y efectividad de su estilo y el modo en que supo servirse de la fantasía y el humor para observar los dramas de la condición humana, ratificaron en mi la decisión de tratar de mantenerme al margen de los temas en boga en la mayor parte de la narrativa cubana de los años 1970 y principios de los 1980. Inspirado por Piñera escribí mi primer libro de cuentos para adultos, titulado *Strip tease* (1985), un libro que, al apostar por el humor negro, la fantasía y el absurdo, resultó una nota discordante dentro de las historias de corte realista, sobre becarios y guerrilleros, que publicaban otros creadores de mi generación. No se trata, pues, de una influencia notoria en temas o en formas, creo yo, sino en un modo de concebir la literatura con el que me siento afín.

Siglo XXI: ¿Cuál es su método de trabajo?

AOR: Mi método consiste en confiar más de lo prudente en la intuición. No hago planes ni diseño exhaustivamente la trama. Simplemente, creo a los personajes y empiezo a observarlos, a escucharlos y a seguirlos. No se lo recomiendo a nadie, pero no sé trabajar de otro modo. Escribo en la computadora, lo cual me permite acumular un sinfín de versiones de la misma página, el mismo párrafo, la misma línea, en busca de la siempre soñada y jamás alcanzada perfección formal.

El Universal: ¿Cómo se ubica *Chiquita* dentro de la narrativa cubana?

AOR: La literatura cubana en general siempre ha sido muy diversa. Su mayor riqueza es esa multiplicidad de voces. Me gustaría pensar que este libro se suma a la literatura cubana y que le aporta matices relacionados con la aventura, el humor, la farsa, la relectura histórica del pasado de la isla.

El Sentinel: ¿Cuál sería su valoración de la narrativa cubana actual?

AOR: No la conozco lo suficiente como para hacer una valoración y, además, el hecho de ser cubano no significa que por eso deba estar pendiente de lo que publican mis compatriotas o que les dé preferencia entre mis lecturas. Algunas novelas cubanas recientes me han encantado, pero otras no me han interesado o me han parecido pretenciosas, chapuceras o aburridas. Supongo que habrá de todo, como en la viña del Señor.

Sambors: ¿Re lees tus libros?

AOR: Cuando mis libros se publican intento no releerlos de inmediato, porque por lo general se me ocurren cambios que pude hacer y que no hice..

Sambors: ¿Qué pasatiempos tienes más allá de la lectura o la escritura?

AOR: Escribir no es exactamente un placer, es mi profesión. La lectura de obras de calidad es, en cambio, un auténtico placer, al igual que cocinar, ver una buena película, escuchar un disco o preparar una cena para algunos amigos. Viajar dos o tres veces al año para conocer nuevos lugares es, más que un pasatiempo, una necesidad imperiosa y vital.

El Nacional: ¿Es disciplinado en la escritura?

AOR: No. A mí no me gusta mucho escribir. Me gusta leer los libros que escribieron otros, ir a la playa, dormir por la mañana, todas esas cosas son más ricas que escribir.

Sambors: Un viaje reciente que hayas hecho... adónde, por qué y alguna anécdota.

AOR: Justo después de realizar la gira promocional de Chiquita por distintas ciudades de España en abril del 2008, me tomé unas vacaciones. Viajé por Grecia y, entre otros sitios fascinantes, pude conocer la isla de Corfú. Cuál sería mi sorpresa al enterarme de que el patrón de esa isla es san Espiridión. A la protagonista de mi novela le pusieron Espiridiona en su honor, por haber nacido el 14 de diciembre. En una hermosa iglesia ortodoxa pude ver, guardados en una urna, los restos incorruptos del santo. Según la leyenda, las zapatillas que tiene puestas están gastadas en las suelas porque san Espiridión sale de la iglesia algunas noches, sin que nadie lo vea, para deambular por las calles de Corfú y velar por sus pobladores.

La Compañía de los Libros: ¿Fútbol o béisbol?

AOR: Se los cambio por alguna película clásica del Hollywood de los años 1940, de ser posible con Bette Davis o con Cary Grant, o por un concierto de alguna buena orquesta sinfónica. ¿Puede ser?

Cambio, Bogotá: ¿Qué opinión tiene del boom?

AOR: Fue indiscutiblemente un momento de un esplendor singular en las letras latinoamericanas y fue un lujo que coincidieran autores en el esplendor de sus facultades como un Lezama Lima, Carpentier y jóvenes escritores de aquel momento como Vargas Llosa o García Márquez, y su producción hizo pensar que América Latina era un mundo distinto y que se escribía distinto. Sin embargo creo que hubo mucho de mercadeo en el boom, pues grandes escritores de los años 1960 quedaron excluidos por sus posiciones ideológicas. El *boom* era un "club de izquierdas", y si piensas que escritores de la talla de Reinaldo Arenas o Manuel Mujica Lainez no se asocian con el boom pese a que lo más espléndido de su producción se produce en esos años, y son prácticamente ignorados, te da la medida que el boom fue un poco el acceso a una fiesta, pero con invitación.

La Compañía de los Libros: ¿Qué es Cuba para usted?

AOR: Una isla enigmática, con una historia rica y compleja, que nunca deja de sorprender (y esta visión se suma a los numerosos clichés que existen sobre ella). Estoy convencido de que mi país es el manicomio más grande del mundo y yo soy apenas uno de los muchos dementes que logró escapar de sus instalaciones y que ha buscado refugio en varios lugares del mundo. En sus libros, otros autores prefieren hacer énfasis en la decadencia de la sociedad cubana actual, en su degradación y sus miserias cotidianas. En *Aprendices de brujo* y en *Chiquita* yo he preferido evocar esa Cuba del ayer, perdida e irrecuperable, a la que usted alude. Un tiempo que distó mucho de ser perfecto, pero más pródigo en dignidad, aspiraciones y esperanza.

Crítica: ¿Cuándo se dio cuenta de que debía irse de Cuba?

AOR: Crecí, al igual que toda una generación de escritores, en un momento en el que indiscutiblemente recibimos una educación esmerada, aun cuando tuviera un sesgo ideológico muy fuerte. Se nos preparó para volar, pero terminamos encerrados en una jaula. Yo fui un niño precoz y me di cuenta rápido de que el mundo exterior no podía ser tan terrible y peligroso como nos hacían creer a través de un inclemente bombardeo los medios, que no vivíamos en el paraíso. Llega un momento en que empiezas a chocar con muchos barrotes. El exilio es muy duro, pero la satisfacción de escribir libre de ataduras no tiene precio. Es muy difícil la decisión de romper. Estaba renunciando a editoriales que me publicaban con mucho gusto, a un espacio privilegiado como escritor en la televisión, a un programa propio de radio. Dentro del ecosistema estaba en un nicho privilegiado, pero lleno de insatisfacciones respecto de la libertad de pensamiento, de acción, de opinión. Estaba en una celda de lujo.

Cambio: ¿Cuándo salió de Cuba?

AOR: En el año 1991. Me invitó la Unesco a Colombia a impartir un taller de escritura para niños para autores de literatura infantil durante una Feria del Libro. Ahí se me presentó la oportunidad de quedarme fuera de Cuba y lo decidí, pues era algo que venía pensando desde hacía mucho tiempo porque nunca me tragué la píldora y fui un niño muy precoz. Como buena parte de la población cubana, durante muchos años me vi obligado a vivir una doble moral de pensar una cosa y decir otra porque la sobrevivencia es algo que a veces no entiende de ética. Por eso cuando se me presentó la oportunidad, decidí vivir fuera de Cuba para hacer, decir y pensar lo que se me antojara.

Crítica: ¿Es peor la censura o la autocensura en Cuba?

AOR: Publiqué libros bajo el peso de la autocensura y a mi juicio es mucho más terrible que la censura, porque es menos notoria, pero es más perniciosa. Cuando estás escribiendo una línea y no esperas que venga el censor a tacharte, sino que la cambias tú mismo y dices “esto no es lo adecuado en este momento, no me la van a publicar”, estás perdido. La autocensura es muy

miserable. Sin embargo, sería deshonesto si pretendiera pintármelas de perseguido político o de persona que no tuvo oportunidades en Cuba.

Página 12: ¿Volvería a vivir en Cuba?

AOR: Tendría que ser en circunstancias muy diferentes, porque muy pocas personas regresan a una cárcel por su propia voluntad.

Cambio: ¿Qué tipo de sociedades terminan aceptando la dictadura?

AOR: Diría que básicamente sociedades que no tienen memoria histórica. Ésta es algo muy útil, pero muy poco frecuente. Se puede constatar que el refrán que dice que "el hombre tropieza dos veces con la misma piedra", sucede a lo largo de la historia. Un ejemplo de ello es que, por ejemplo, un presidente desastroso sea reelegido a la vuelta de 10 años en su país. Eso da la medida de la fugacidad de la memoria.

Cambio: ¿La dictadura y la revolución explican de alguna forma lo que es el continente americano hoy día?

AOR: Sí, y son las dos caras de la misma moneda. Indiscutiblemente, si revisas y miras la historia de América Latina es una sucesión de dictaduras-democracias-dictaduras-democracias, tal parece que todavía no hemos crecido lo suficiente para lograr democracias perdurables. Y son dictaduras de ambos signos, naturalmente, de izquierda y de derecha. A estas alturas no sé cuál de las dos es más peligrosa.

Cambio: ¿Qué piensa de los cambios que están viviéndose en Cuba?

AOR: Como buena parte de los cubanos anhelo que haya un cambio y creo que se impone uno, pero como mi carácter suele tender hacia el escepticismo, no soy tan optimista de que las señales que estamos viendo indiquen que ese cambio va a ser inmediato. Sigo creyendo que se trata de medidas cosméticas y de algún modo ilusorias, en muchos casos con el objetivo de crear una apariencia de permisividad y en otros casos para quitarle presión a una olla que por momentos está a punto de estallar.

Cambio: ¿Todavía puede creerse en las revoluciones?

AOR: La especie de los ilusos es persistente. Creo que la revolución suele ser un sueño válido que, con frecuencia, deriva en una pesadilla.

Evaristo Cultural: ¿Sos un hombre religioso?

AOR: No, digamos que tengo una relación muy peculiar con Dios, que solamente nos involucra a él y a mí, no hay intermediarios, ni ritos, ni nada.

El País: Ha vivido en lugares muy distintos, ¿a qué lugar pertenece finalmente?

AOR: No sé cuál es mi casa, he perdido el sentido de pertenencia. Seguramente eres del lugar donde están tus afectos, tus libros, tus películas.

Fuentes:

Libros:

Punto de lectura, Madrid. Entrevista incluida como apéndice en la edición de *Chiquita*, 2009.

Periódicos:

Ámbito financiero, Buenos Aires. “Chiquita fue una estrella y no un fenómeno de feria”, por Máximo Soto, 30 de julio 2008.

Correo, Lima. “Entrevista a Antonio Orlando Rodríguez”, por Carlos M. Sotomayor, 3 de agosto de 2008.

Listín Diario, Santo Domingo. “Una novela no termina sin los aportes del lector”, por Luis Beiro. 12 de julio de 2008.

La Nación, Buenos Aires. “No creo que la actual transición en Cuba sea significativa”, por Susana Reinoso., 25 de julio de 2008.

El Nacional, Caracas. “A mí no me gusta escribir”, por Olivia Lindo, 17 de junio de 2008.

El Nuevo Día, Puerto Rico. “Aquí el creador de *Chiquita*”, por Tatiana Pérez Rivera, 20 de junio de 2008, pp. 68-69.

El País, Madrid. “Anhele cambios para Cuba, pero no sólo económicos”, por José Andrés Rojo, 26 de febrero de 2008.

El País, Madrid. “Es muy difícil que respeten a los pequeños en un mundo de gigantes”, por José Andrés Rojo, 17 de abril de 2008.

Página 12, Buenos Aires. “La novela es un experimento”, por Silvina Frieria, 23 de julio de 2008.

Primera hora, Nueva York: “Sin escatimar al dar vida a Nueva York”, por Héctor Aponte Alequín, 21 de junio de 2008, p. 38.

Ñ, suplemento de *Clarín*, Buenos Aires. “La autobiografía es una mentira”, por Daniel Mapelli, 23 de agosto de 2008.

El Sentinel, Fort Lauderdale. “Aprendices de brujo en una gran Habana”, por Ingeborg Portales Marino, 12-18 de noviembre de 2005.

Siglo XXI, Ciudad de Guatemala. “Antonio Orlando Rodríguez. El mundo desde los 65 centímetros”, por Eddy Roma, 23 de septiembre de 2008.

Tal Cual, Caracas. “No hago literatura exprés”, por Carmen Victoria Méndez. 20 de junio de 2008.

El Tiempo, Bogotá. “Cómo se me ocurrió Chiquita”, por Carlos Restrepo y Diego de Narváez, 7 de junio de 2008.

El Tribuno, Salta. “Lo sobrenatural siempre se las arregla para colarse en mis novelas”, por María Fernanda Abad, 27 de julio de 2008.

Ultima hora, Paraguay. “Antonio Orlando Rodríguez: ‘La primera función del arte es entretener’”, por César González Páez, 26 de Julio de 2008.

El Universal, Caracas. “Enamorado de una Chiquita”, por Ana María Hernández G., 17 de junio de 2007, p. 3-10.

Revistas:

Cambio, Bogotá. “Escribir el tiempos difíciles”, junio 12 de 2008.

Caras, Puerto Rico. “Qué leer. Antonio Orlando Rodríguez”, por Lorna Zayas Rodríguez, septiembre 2008, p. 82.

Crisol, Madrid. “Protagonistas. Antonio Orlando Rodríguez”, No. 14, abril 2008, p. 4.

Crítica, Buenos Aires. “La autocensura es muy miserable”, por Hernán Brienza, 28 de julio de 2008.

Delibros, Madrid. “Antonio Orlando Rodríguez: XI Premio Alfaguara de Novela”, por Norma Sturniolo, Nº 225, 2008 , págs. 47-48

La Compañía de los Libros, Ciudad de México. “Entrevista con Antonio Orlando Rodríguez”, No. 45, 2008.

Gatopardo, Buenos Aires. “Qué lee Antonio Orlando Rodríguez”, No. 91, junio de 2008.

Sambors, Ciudad de México. “Antonio Orlando Rodríguez”, abril de 2008.

Vistazo, Quito. “La ‘Chiquita’ de Rodríguez”, por Elisa Sicouret, 3 de abril de 2008.

Sitios web:

BBC Mundo, redacción de Barcelona. “Siempre escribo para mí”, por Gabriela Torres, 2 de junio, 2008.

Cubaencuentro, Madrid. “Biografía imaginaria, pero con personaje real”, por Armando de Armas. 29 de febrero de 2008.

Evaristo Cultural, Buenos Aires. “Antonio Orlando Rodríguez en la isla de Liliput”, por Damián Blas Vives, no. 3, 2008.